

Abuela, las abejas de la infancia me llevaron de nuevo a tu jardín solitario.

Volaban como palabras futuras sobre las flores que a nadie di por temor a que se secaran dentro de otro corazón sediento.

Yo tenía un alma muy vieja.

Subía por la espina del día.

Escuché en tu alma los truenos, abuela, para que nuestras flores estuvieran a salvo.

Pero estaba despertando.

A cada flor se le abría su espina adentro: brillaba.

Nancy, hermana, ¿quién abre las cortinas del mundo?

Decile a mamá que nos deje dormir un poco más.

Estoy viejo y la luz tiene punta filosa.

Demasiado, para el que quiere crecer todavía.

Soñé a la abuela carpiendo. Plantaba cosas porque venía la lluvia.

Agachada y de espaldas como yéndose.

Yo estaba cubierto de tierra y ella plantaba en mí.

Acariciaba mi cabeza de tierra y me decía: “Escuchá el mar”.

Y a cada flor su palabra se le abría adentro, tan gastada como una vieja idea de la vida.

Toqué el camino de semillas. Y una flor muy vieja se abrió en mí. Tenía el tamaño de una vida.

He guardado mi Tesoro sin comprender que una flor iba secándose en mi mano, nacida en lo profundo del agua, crecida en la negrura de la más oculta cueva.

Abrí la mano y descubrí que mi Tesoro tenía el tamaño de la memoria: mis dedos se estiraron secos como los pétalos de esta flor.

La infancia es nave muy rápida. La memoria, no.

Pero en la oscuridad aún se oye nuestro cuchicheo:
levanta vuelo hasta que los canarios callan.

Nancy, algo se rompe, ¿por qué me señalaste con el dedo?

Pequeña Judas, nuestra nave ya está rota.

A quién nos toca delatar.